ANDRÉ SUARÉS

DON QUIJOTE EN FRANCIA

TRADUCCIÓN Y PALABRAS PRELIMINARES DE RICARDO BAEZA

ATENEA, S. E.
MADRID

DON QUIJOTE EN FRANCIA







DON QUIJOTE
EN FRANCIA

ANDRÉ SUARÈS

DON QUIJOTE EN FRANCIA

TRADUCCIÓN Y PALABRAS PRELIMINARES DE

RICARDO BAEZA

MINERVA
S. A. E.
MADRID
MCMXVI

DEDICATORIA

Y PALABRAS PRELIMINARES

DEL TRADUCTOR

ESTE libro que hoy traigo al castellano nos ofrece un doble interés: como interpretación del *Quijote*, y como visión de la España contemporánea por un escritor francés, que, como Suarès, es un francés representativo.

En estos momentos de insidia, en que una propaganda capciosa desfigura la realidad de los hechos, tendiendo a mostrarnos una Francia hostil a nuestro genio e incompatible con nuestras aspiraciones, quizás no sea ocioso hacer presente este testimonio de fervor, de esperanza entusiasta en nuestro porvenir, que, en páginas de tan lírica elocuencia, expresa una

de las más altas inteligencias que hoy alientan en el país vecino; páginas que bien pudieran encabezarse con la *Salutación del Optimista* de nuestro Rubén.

Cierto que, a veces, ante la inercia y el voluntario apartamiento en que yace España frente a problemas tan vitales como los que hoy buscan solución, se detiene un tanto perplejo y se pregunta con inquietud: «La gran España de Cervantes, ¿no está realmente más que en nuestro pensamiento?» Pero pronto sacude la cabeza, se rehace en su fe, y afirma: «No; se calumnia a España.»

Él, como Francia, quiere creer en una España afine, de consanguinidad imperecedera, a la que en el instante actual disensiones de partidos, impotencia pasajera, accidental podredumbre, obligan a permanecer alejada de la terrible cuestión que se ventila; pero que mañana se sumará,

sin duda, a la gran hermandad latina para la consecución de un fin común.

Al hablar así, hace Suarès profesión de fe, y habla como portavoz del sentimiento nacional.

Esa enemistad de Francia por todo lo español, no pasa de ser una burda patraña, con que un partido desaprensivo—por fortuna cada día más desertado—trata de desviar las simpatías que pudieran encauzarse hacia esa familia de pueblos occidentales, a la que también pertenecemos.

Pero, por activa y astuta que sea la propaganda, será inútil. La voluntad de España comienza a afirmarse, a despecho de indecisiones y timideces, y de tanto móvil oculto. Comienza a ser vislumbrado por muchos que el ideal teutónico es el antitético por excelencia del ideal hispano, y que una civilización mecánica y gregaria, por perfecta que fuese, no podría convenirnos.

Ya, hasta alguno de los que la germanofilia oficial consideraba como sus más autorizados caudillos, levanta bandera contraria, dejándolos desamparados de su más puro prestigio.

Como interpretación del *Quijote*, este libro es excepcional.

Nadie ha expresado, con palabras tan cálidas, devoción tan acendrada por nuestro Hidalgo. Suarès encarna en él todo su ideal de nobleza, de generosidad humana, de equidad incansable, de mente alta y corazón profundo. Tanto le ama y piensa en él, que se sorprende de no encontrarle en las trincheras, y le invoca como patrono supremo de toda causa justa. Lo ve, realmente, combatiendo al lado de Francia, cabalgando en medio de sus huestes, animoso y tranquilo.

El *Quijote* es una obra única en nuestra historia literaria. Todas las demás son, junto a ella, valores secundarios, simples satélites. Tiene una órbita propia, más amplia que ninguna y muy distante de todas. No puede, en ningún caso, ser una medida para el resto de nuestra literatura. Los más grandes: Calderón, Lope, Quevedo, resultan pigmeos en confrontación de este gigante.

Libro tan santo, que todo lo que a él se acerca trasciende luego también a santidad. Sólo el entendimiento opaco y el alma encallecida pueden no arrasarse de lágrimas.

Obras hay con mayor hervor de pasiones y de ideas, por lo menos con hervor más manifiesto,—recordemos el universo tan complejo de Shakespeare y el caos

ardiente del Alighieri,—pero en ninguna se ha tendido sobre el mundo y la vida mirada tan sosegada y pura. Para encontrar parangón a esta divina serenidad nos será preciso pensar en Platón.

Grandes diferencias separan a Sócrates de Don Quijote,—en el uno los ojos de la inteligencia; la voz del corazón en el otro,—pero más de una vez la tranquila cordura de éste nos traerá al pensamiento la diáfana sabiduría de aquel. Ambos coinciden en el amor a la Belleza y la pasión de la Justicia. A distancia de muchos siglos y de muchas ideas, el discípulo de Diotima y el ingenioso Hidalgo se abrazan.

¿Y acaso, Don Quijote, armado y a caballo, la noche de los batanes, en espera del mayor peligro y la mayor hazaña, soñando en su mundo de liberación y de equidad, no nos vuelve la memoria hacia

Sócrates, a pie y desarmado, en víspera de batalla, inmóvil bajo el viento, de sol a sol, persiguiendo la solución de algún hondo problema del conocimiento, tal como nos lo pinta Alcibiades en su apología del *Banquete*?

Como Sócrates, podría Don Quijote ser comparado a uno de aquellos Silenos de madera, de aspecto grotesco y risible para el vulgo que no sabe la imagen del dios que encierra.

Este sentimiento de humanidad, este abismo de bondad y compasión, esta sed de justicia y de amor, no los volveremos a encontrar hasta Dostoievski. En Cervantes, iluminados por una claridad solar, una calma meridiana, una madurez del espíritu que nunca han hallado su semejante. En Dostoievski, sacudidos por un

frenesí inexorable, sumidos en una tiniebla surcada de relámpagos. Pero en la voz reposada del uno y el clamor delirante del otro laten la misma pasión, la misma necesidad. Y un parentesco estrechísimo une al príncipe Muichkine con don Alonso Quijano. Ambos, siendo supremamente sensatos, pasan por dementes. El uno es tenido por idiota; el otro, por visionario y loco. Es que su sabiduría no contiene fermento alguno de egoísmo; emana más del corazón que del cerebro.

Observación profundísima la de Suarès sobre las analogías del alma rusa con el alma castellana. Responde a una de mis más intimas convicciones. La futura simiente del paneslavismo ha de germinar más ferazmente en nuestro terruño moral que en ningún otro terreno europeo. No se trata más que de abrirle el surco. Y quizás algunos empuñan ya el arado.

Rusia como España no giran sobre un eje intelectual, sino moral. Y una moral basada en el sentimiento religioso. Con esta diferencia: que en Rusia la religión tiene el balbuceo fervoroso del misticismo, y en España la fría escolástica de la teología. Aquí, la Iglesia y el Estado han viciado ese eje. Una retórica secular nos desgobierna: retórica religiosa, política, moral, artística. Se requiere un esfuerzo titánico para enderezar ese eje y que sigamos girando al unísono de los pueblos en que estamos incluídos.

Preciso es confesar que las palabras de mayor plenitud sobre el *Quijote* nos han venido de fuera. En toda nuestra literatura cervantina—si exceptuamos algunas frases de José Ortega Gasset y algunos versos de Rubén Darío—encontraremos

nada que pueda equipararse en emoción, en profundidad de sentimiento y en nobleza de interpretación a este libro de Suarès. Enseña cómo unas cuantas páginas de exégesis apasionada pueden hacer más por la comprensión y amor a libro tan supremo que una decena de gruesos volúmenes repletos de comentarios filológicos y disquisiciones eruditas, pero sin una sola palabra nacida del corazón.

«Que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.»

(*Don Quijote,* parte segunda, cap. XXII.)



¿Quién es André Suarès? No lo sé más que por sus obras. Ignoro su edad, su origen, su figura. Ni un solo dato bio-

gráfico, ni un solo retrato. Este hombre, tan entusiasta y apasionado, ha permanecido siempre alejado de la turbamulta literaria, con un suave gesto de desdén, como quería Vigny que lanzara su obra el filósofo y el poeta: desde su risco inaccesible, y de espaldas a la muchedumbre.

Literariamente, es de la generación de 1900, nacida todavía en el rescoldo del simbolismo. No sé por qué, siempre uno su nombre en mi pensamiento al de André Gide y Paul Claudel, otros dos grandes de la hora actual francesa, sin la sequedad del primero ni el énfasis lírico del segundo. Grandes afinidades median realmente entre ellos, y los tres fueron los puntos de apoyo esenciales de aquella *Nouvelle Revue Française*, tan rica en gérmenes.

Sin embargo, este hombre retirado y desdeñoso ha sabido plegarse a las nece-

sidades del instante presente, consagrándose a una labor tenaz de propaganda activa. Admirable suscitación del momento. Todos se acomodan a la vida heroica, quién con la acción, quién con la palabra. El pensador se aparta de su meditación solitaria, y se siente invadido por la llama del tribuno. Un soplo épico sacude al lírico, ensanchando su voz. En la conciencia de todos se afirma el deber de contribuir en carne o en espíritu a la santa y tremenda obra de reivindicación que ha emprendido Francia: reivindicación, no ya de territorio, sino de ideas más vastas que dos provincias.

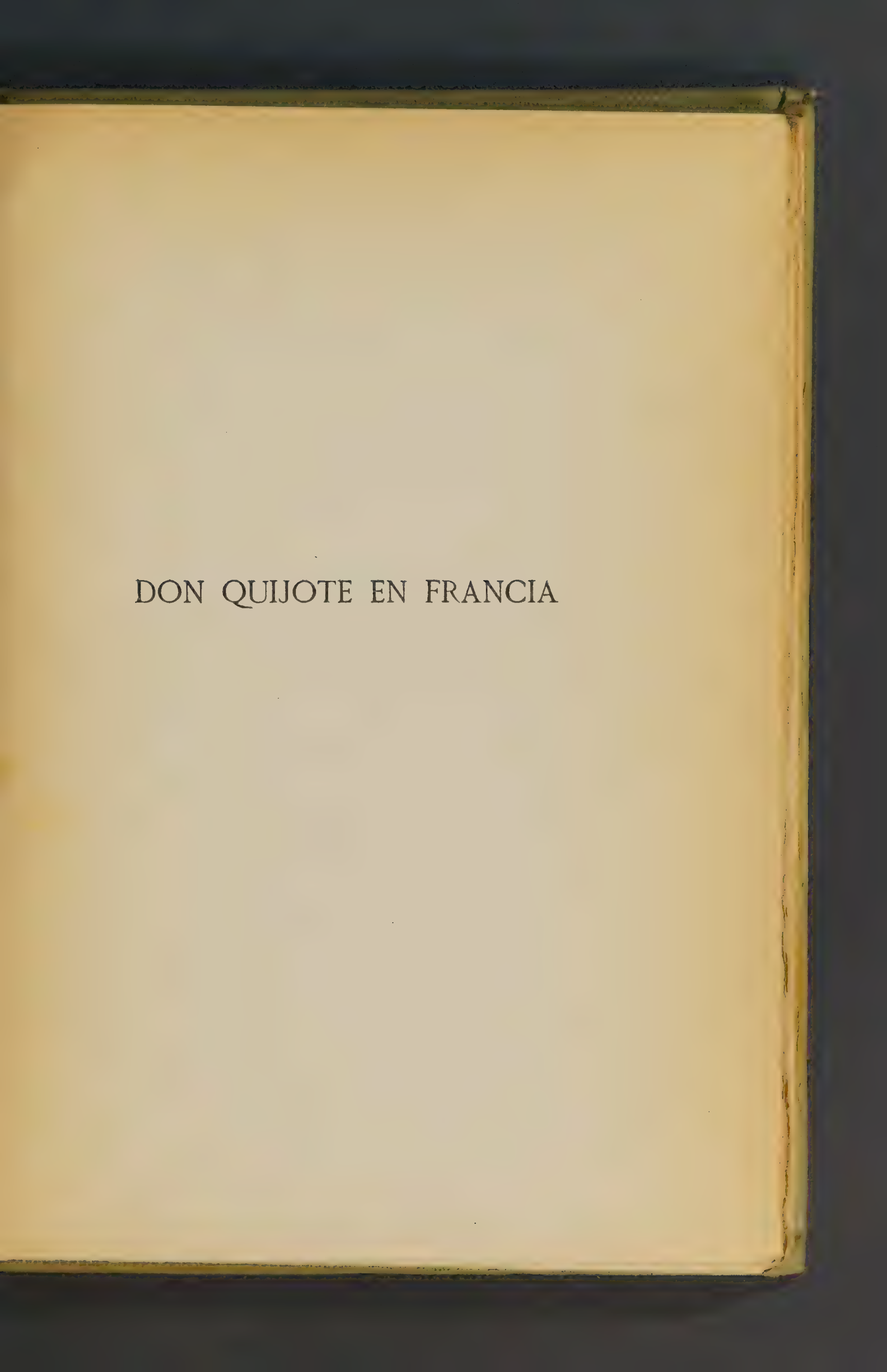


Obras de André Suarès:

Images de la Grandeur. 1901.—*Le Livre de l'Emeraude*. 1901.—*Sur la mort de mon frère*. 1904.—*La Tragédie d'Electre*. 1905.

Voici l'homme. 1905.—*Bouclier du Zodiaque*. 1907.—*Lais et Sônes*. 1909.—*Sur la Vie*. Essais. Tome I. 1909.—*Sur la Vie*. Essais, Tome II. 1910.—*Voyage du Condottière*. Tome I. *Vers Venise*. 1910.—*Tolstoï vivant*. 1911.—*De Napoléon*. 1912.—*Sur la Vie*. Essais. Tome III. 1912.—*Chronique de Caërdal*. I. *Essais*. 1912.—*Idées et visions*. 1913.—*Cressida*. 1913.—*Trois hommes: Pascal, Ibsen, Dostoïevski*. 1913.—*Chronique de Caërdal. II. Portraits*. 1914.—*Commentaires sur la Guerre des Boches. I. Nous et Eux*. 1915.—*Id. II, La Nation contre la Race*. 1915.—*Italie, Italie!* 1915.—*Commentaires sur la Guerre des Boches. III. C'est la Guerre*. 1915.—*Id. IV. Occident*. 1915.—*Peguy*. 1915.—*Cervantès*. 1916.—*Angleterre*. 1916.

Don Quijote en Francia se publicó en francés bajo el título de *Cervantès*. Es la primera obra de André Suarès que aparece en castellano.



DON QUIJOTE EN FRANCIA

PARA ESPAÑA

ESTE 23 DE ABRIL DE 1916

HARÁ

TRESCIENTOS AÑOS

QUE

CERVANTES MURIÓ

I

DON QUIJOTE

AHÍ viene el santo de la justicia, Don Quijote, el más noble de los hombres y el más sencillo.

Cree como un niño; pero nacido de padres tan puros, que no puede creer en nada impuro; y todas sus creencias constituyen un sistema de pureza. La fealdad del mundo no le alcanza; él se siente con fuerzas para corregirla. ¡Es tan valeroso! No perdiendo jamás el ánimo, no pierde nunca la confianza: es un prodigio de

buena voluntad y la enseña de toda esperanza. Tiene idea del paraíso y de que podría florecer en esta tierra. ¡Sería tan fácil, sólo con que todos los hombres fuesen como él! Pero ni siquiera pide tanto: basta con que los príncipes y los grandes del siglo le confíen la policía del género humano. Un Don Quijote aquí, otro allá, un caballero de la misma orden en cada provicia, y no tendrá ya que avergonzarse Dios de su reino: paz a todos, gracias a los hombres de buena voluntad.

Sencillo como un niño, no se sabe, sin embargo, lo sabio que es, y cuán nutrido de exquisita erudición. Sería un doctor, si no fuese demasiado honrado para tener trazas de pedante. No enseña más que con el ejemplo. Y si, a veces, alecciona, es con

una modestia de doncella, porque la solicitan que hable y la ruegan levante un poco su velo. No obstante, ¡qué suave orgullo esconde así! El júbilo de servir hasta la muerte, y quizás mejor que nadie, todo lo que vale la pena de ser servido.

Ha leído mucho y aprendido mucho. Pero ha hecho de todo un zumo de humanidad. De él lleva una redoma inagotable en el arzón de su silla: es su elixir de buena vida, remedio a toda herida: el bálsamo de Fierabrás para los papanatas; pero, en secreto, el filtro de Conciencia altiva (1). Porque este gran guerrero va casi desarmado. No lleva armas de fuego, ni pistola, ni arcabuz: desprecia toda esa artillería engañosa. No va provisto de

(1) Juego de palabras intraducible sobre *Fier-à-bras* y *Fière-conscience.*

ponzoñas ni de máquinas diabólicas, para demostrar la bondad de su doctrina. Sólo tiene su elixir de humanidad, que escancia al primero que llega. Él, ayuna, con una santa sonrisa. Jamás hubo sonrisa más encantadora que la del héroe descarnado, de piel amarillenta que agujerean los huesos, de mejillas cetrinas como un zapato viejo, y de fuertes ojos negros, hundidos bajo la frente, esos ojos que han visto tanto la miseria del mundo para olvidarla, para curarla, para vengarla o purificarla. Los ojos de Don Quijote son los clavos de la Cruz en un rostro de polichinela. ¿Y quién sabe si no es Don Quijote la cruz a caballo, divina y escarnecida? El éxito le tiene sin cuidado; él sólo piensa en la victoria eterna.

Y Don Quijote, jinete en su subli-

me rocín, que es la quimera entre las gentes a pie, ¿de dónde saca tanta belleza y excelencia? ¿De dónde, ese aire tan verdadero, tan santo, y, aun en la carcajada, una expresión tan noble? ¿De qué provienen tanta certidumbre y buena majestad, que ni siquiera alteran las risotadas de la canalla y la amenaza de los políticos? ¿De dónde, si no es que Don Quijote es el Gran Cervantes mismo en armadura de caballero andante?

Venid, pues, sublime manco de la guerra justa. Venid, soldado de Lepanto, que perdisteis un brazo en la batalla por Jesús contra los Bárbaros y Turcos. Venid, vos a quien pagaron vuestro genio y vuestros servicios con la ingratitud de los reyes, la miseria en la casa, todas las pequeñeces de la vida en familia y todas las baje-

zas de la envidia, del odio y del silencio, armas habituales de los autores. Los hombres de letras os han condenado al Santo Oficio.

Heos aquí. Ya no os distingo, Don Quijote y Cervantes. Tan hermosos sois el uno como el otro. Vuestra grandeza es inimitable: debería hacer llorar y hace reír. Nada bajo puede mantenerse ante vosotros: Cervantes se burla o se indigna; y Don Quijote arremete, con su gran alma, que lanza delante de sí como una guadaña.

II

DE ROMA A TOLEDO

El *Rey de España no regatea su neutralidad:* hermosa palabra de caballero, hermoso sentimiento: azota al imperio del puño, que también lo es de la mano abierta para el trueque y el canje.

Al espíritu de España es a quien Francia se dirige. Pueblos semejantes tienen un alma: viven por ella; no quieren que se la maten, y se impacientan de que la ultrajen.

Se irritan también de que se les

halague torpemente. Y eso es lo que en París se entremeten a hacer algunos necios y unos cuantos políticos de partido. Creen muy hábil preconizar la católica España, a los carlistas, obispos y pertigueros. No saben el daño que hacen con ello a Francia: toman el mundo por su parroquia. No ganarán al clero de España, y, en cambio, perderán a los españoles. En estos hermosos pueblos, el instinto religioso y el instinto nacional consiguen separarse: sólo entre los Bárbaros se confunden. Sea el saqueo de Roma o el de Constantinopla, el Dios del Bárbaro congrega la jauría, y, de su Dios, el Bárbaro hace el buco emisario de sus pecados. Hace quince meses le era preciso el saqueo de París, y su virtud reclamaba la orgía de todos los crímenes. En Occidente, ya

no estamos en eso: nos avergonzaríamos de un Dios más malvado que los hombres y más impudente. Un español, hoy, puede ser creyente en la Iglesia y no hacer política clerical en absoluto. De otro modo, el rey Alfonso no estaría en el trono. ¿Quién discute su legitimidad, ni aun en Navarra? No podría estarlo, si todo católico español estuviese sometido a la política absoluta de la Iglesia.

Los buenos apóstoles de París harían mejor en predicar al papa. Cuando éste se haya convertido, le seguirán los cardenales, incluso el de Toledo. Para agradar a Monseñor el primado de España, esos majaderos van a enajenarnos a todos los españoles, los catalanes los primeros, y Portugal encima: pues Portugal tiene la inmensa desventaja de no ser otra

Bulgaria y haber despachado, algo más que a medias, a una familia real que es también la del leal Fernando.

§

En esta guerra capital, salta a los ojos que los partidos de la violencia, de la opresión y de la muerte, están en todas partes contra Francia. Y en pro de ella, todos los partidos de la ley, de la razón, de la paz y de la vida nueva. Los unos, son verdaderos a su pesar, y la verdad en ellos va hasta constituir su debilidad en un mundo todo estercolado de servilismo, y en el cual la grosera astucia de Maquiavelo pasa todavía por genio político y hasta por virtud. Los otros, mienten sin cesar, y se ven obligados a mentir de continuo. Mienten sobre

las causas de la guerra. Mienten sobre sus métodos. Mienten sobre sus designios. Mienten sobre el interés que tienen en vencer. Hundidos en el crimen, están hundidos también hasta el cuello en la mentira, y sus bocas mienten sobre sus propias mentiras. Los obispos, rabinos y pastores, no cambiarán un ápice de ello, lo mismo en Madrid que en Berlín, en Estocolmo que en Viena.

Se trata nada menos que de la Europa nueva. Tal es la partida; tal es la puesta. La vieja Europa, que es la de las coronas e iglesias temporales, la de las castas y tribus, quiere domeñar todavía a la nueva. Esta guerra es el acto supremo de la Revolución: debe marcar su triunfo o su derrota. La antigua Europa no ha podido impedir a la nueva que nazca; pero tres

o cuatro veces trató de ahogarla en la cuna de Francia. Ahora, esta Europa de los pueblos ha crecido: amenaza imponer la ley; hay, pues, que aplastar a Francia, para quitarle la fuerza de decir el nuevo derecho. La vieja Europa de las coronas, que conserva aún las llaves de la bolsa y las riendas de la guerra, intenta un último esfuerzo contra los pueblos.

Todo pueblo está por Francia y los aliados de Occidente en la medida en que está por sí mismo y el derecho de ser lo que es.

Las amistades de Francia están, en todos los países, entre el número vivo y la muchedumbre obscura. No se encuentran entre los restos de los partidos muertos, que ni siquiera son capaces de vencer en su propia tierra, ni de restablecer en ella una política,

una moral y una autoridad tres veces muertas.

§

Al papa, a los cardenales, obispos y pueblos fieles toca saber si los príncipes y los soldados que han reducido Lovaina y Reims a cenizas son buenos católicos; si la raza que destruye en todas partes las iglesias es la protectora de la Iglesia; si las tropas que ahorcan a los sacerdotes ancianos y violan a las monjas, son el ejército de Cristo. Son, en todo caso, el ejército del hombre que dió esta doctrina a su raza: «Sed como los Hunos. No deis cuartel a nadie.» — «Lutero es mi viejo amigo», dice. Y se atrevió a escribir a su propia hermana: «No tengo otra misión que la de aniquilar la superstición romana.»

Después de lo cual, libre es de ayudarle el primado de Toledo, si la obra le seduce.

La Gran España de Cervantes, ¿no está realmente más que en nuestro pensamiento? Entonces, tanto mejor para nosotros y tanto peor para ella.

Si los españoles no son ya los hijos de Don Quijote, ¿qué nos importa España? ¿Sería solamente esos clérigos malolientes, de jeta sucia y frente estrecha, sudorosos y gruñidores, que se deshacen en espumarajos contra la República? ¿O esos viles estudiantes que arrojan, según dicen, contra los franceses, de paso por Burgos y Salamanca, las piedras y las razones que Alemania les envía envueltas en papel con la estampilla de Judas? Si España no tuviese la fuerza necesaria para ser ella misma, no tendría ya

tampoco medio de perjudicar a nadie. Lo que cuenta, cuenta; y no se tiene por qué seguir contando con lo que ya no cuenta. Se calumnia a España.

III

ESPAÑA

España no ha dicho su última palabra. Lejos de esto, no ha hecho oir todavía su voz ni pronunciado la primera palabra de su poema: en los umbrales de una vida nueva está llena de un poema nuevo; y lo que tiene que decir al mundo moderno, mañana, sin duda, lo dirá.

El Moloch de los Bárbaros condena a todos los pueblos, consagrándolos a la perdición. El Dios de Fran-

cia los llama a todos a la vida y a la buena gloria.

La gran España ha sido y ya no es. Otra gran España va a venir. No, la balanza del comercio, el número de soldados, y aun el de cerdos, no constituyen la grandeza. Basta un hombre y un espíritu. La grandeza no es de las vías férreas, de las fundiciones, del ganado, ni del oro en la banca: la grandeza es del hombre. Diez años de Atenas, ese cantón, valen por todas las multitudes y todos los siglos de la Barbarie.

Ese magnífico tablero de fuego y sangre entre Europa y Africa, España, no es ni Africa ni Europa. Se levanta, ofreciéndose al cielo, entre dos mares, para un fecundo sacrificio. Y

la veo como un altar de esplendor, uno de los altos lugares que existen en la tierra.

Sobre esa meseta, las mieses crecerán espigadas y fuertes; y los peones de la partida que el hombre juega contra el bruto se erguirán un día, cuando estén también en número. España está llena de hombres que harán hombres.

Todo lo que brota de ello tiene la fuerza del hierro que pesa en sus entrañas, y la claridad del metal solar, que es la luz, el oro que no corrompe ni se vende. Es de trigo y de viñedo sobre metal. De oro y gules, amarilla y roja: vino, sangre y sol.

Noble nación, odiada de los necios y sospechosa a los tibios. España, que

no es solamente el Mediodía y que no es de ningún modo el Norte, parece dormir y no estar ya en Europa. Pero está en Occidente por su genio, y siempre lo estuvo. Desde Arras hasta Amberes, fecundó las riberas y la tierra llana. Los Bárbaros arruinan y destruyen todo lo que ella dejó allí de belleza. España está en la guerra, quiéralo o no; y, como es primero víctima, está del buen lado.

Ella es el verdadero mediodía de Francia y su polo de ardor, así como Italia es su verdadero Oriente y el polo clásico.

España continúa siendo el gran recurso católico de Europa: no en el sentido de la religión, sino del espíritu y las costumbres. Por lo que atañe a la fe y la moral, desde hace tiempo no hay católicos puros más que en

Francia; únicamente. Pronto, quizás, tendrán un tufillo de herejía. San Bernardo, hoy, no escribiría impunemente al papa Eugenio.

España tiene necesidad de Francia, que es la única que la ama bastante para comprenderla, y que la comprende.

Es intensa de genio; y, en ella, toda moral es caso de honor: sonríe al resolverse al sacrificio. Sólo Francia puede sonreir a esa sonrisa, y no encontrarla ridícula.

Sus peores errores son bellos: provienen del honor. La crueldad de España, que es el vicio de esa cálida nación, como el filo cortante es el revés de la espada de buen temple, hasta la crueldad de España tiene una excusa: pura de todo interés; la España cruel creía defender el honor de Dios.

Un ardor tal salta y canta. Su sueño mismo es acción, y acción también su languidez.

§

Danza y movimiento, vidriera de los colores, ritmo perpetuo de la luz y la sombra, el canto está difundido en toda España.

Con la melodía de los celtas, el canto popular de España es el más bello. No lo hay más rico ni más vivo en toda Europa. La música debe alcanzar allí una cima que presiento. Por otra parte, Vittoria nos enseña hasta dónde se eleva. Vittoria es desigual; pero, cuando tiene genio, supera en mucho a Palestrina. Pier Luigi resulta frío al lado de esta brusca lava: yo oigo a Santa Teresa cantar un responso de Vittoria.

No es un simple azar que la música rusa esté obsesionada por los ritmos, las formas, el color y los recuerdos de España. Como esa Europa que queremos hacer, y cuya alma es Francia, debe ser el corazón del género humano para todos los tiempos, Rusia va a devolvernos la Persia y el Asia legendarias. España nos devolverá a los árabes y todo lo que hay del desierto conquistado por amor a Dios en la fiebre de los Semitas.

España no tiene más que querer, y curarse de la elocuencia. La voluntad expira en el soplo oratorio. Esta España no tiene más que ser sincera para ser bella: la pasión es siempre bastante elocuente. La redundancia es la mentira del Mediodía, como la falsa austeridad es la mentira del Norte: alardean de su silencio, y no tie-

nen nada que decir. Cada Lapón es un maravilloso poeta, pero sólo las focas lo saben, y el aceite que alimenta su lámpara soñadora. Sí, los Escitas tienen derecho a desdeñar a los hijos de la luz. España ha demostrado que podía llegar al estilo en todos los órdenes.

Música y poesía, los cantos de amor de Andalucía son una extraordinaria maravilla. Las *soleás* (1) son semejantes a ánforas persas súbitamente transmutadas en bayaderas y arcilla amorosa. En fin, todo puede esperarse de un pueblo que ha engendrado a Cervantes. Pues Saavedra es el Homero y el Dante de España. Y si España lo ha formado con su carne, Cervantes en cambio ha

(1) *Sic* en el texto francés.

modelado para siempre a los españoles a imagen suya.

§

Don Quijote es el delirio de la justicia, porque todo es delirio en un sentimiento absoluto. El amor más bello del mundo es un delirio por el instinto que asegura la especie y no pretende más.

Don Quijote ama tanto la justicia, que es la medida de todo derecho. Un sentimiento divino anima este luengo saco de pergamino y huesos. Es el legajo vivo de los pobres, de los oprimidos y de los dolientes. Pero no aboga: arremete, con la espada en alto, contra el mal triunfante, como un arcángel: su padre se llama Miguel. La fuerza maligna es el dragón.

Él es el justiciero. Sabe el derecho: lo dice. Y lo hace: obra.

Es el adalid de toda causa que la fuerza oprime. Solo ama la paz, que es el reino de la justicia: la ofrece a todos, y no la alcanza nunca.

Y, solo, armado de una tranca, cubierto con una bacía de barbero, montado en un rocín, sabe que es más fuerte que todos los poderes de la tierra, que todos los hechiceros de la violencia y todos los demonios del infierno. ¡Oh fuerza de las fuerzas, tu nombre es corazón!

Decir el derecho, habitualmente, no es decir la equidad, sino la regla establecida por la sociedad de los hombres. Esta regla es una compensación de intereses, y el interés común es su patrón. Pero más allá de este mundo reglamentado, está el

reino de Dios. Jesús condena los tribunales, pues la caridad divina no tiene pacto con todas las flaquezas y miserias de la justicia entre los hombres: miserias lúgubres y, a veces, de una fealdad tan insolente, que hacen a la justicia una faz de muerta.

En una palabra, la historia del derecho no es la historia de lo justo, sino el progreso doloroso de la justicia a la equidad, del hombre egoísta al hombre que lo es menos, es decir: del animal al hombre.

Don Quijote es el caballero andante de la santa equidad, que es la caridad perfecta: pero la caridad fundada en la razón.

Ved cómo se afana y pena, y siempre con tanto agrado y dulzura. El Caballero de la Triste Figura es la sombra grotesca de Dios en el

hombre. Es el hombre de dolor que hace reír. La risa, a menudo, desarma a los malvados.

Le burlan, le tunden, lo escarnecen. Y se le quiere. Se le venera. Es sapientísimo, y le creen simple. Le tratan de loco, y se asombra uno de su cordura. Poco falta para que se le rece y adore. Solo un galeote o un doctor en teología pueden enmendarle la plana.

Don Quijote conduce nuestra batalla.

Él es quien se arroja sobre los molinos de la ciencia y la barbarie, para libertar a Bélgica torturada y a Serbia arrastrada por los cabellos, dos nobles hermanas en suplicio. Él es quien desafía a todos los gigantes.

Francia le ama y no duda de él. Tienen los mismos dioses y el mismo horror al malvado: el demonio es el mal que se da la razón a sí propio.

Ambos son libres, como jamás lo fueron mortales. No se glorifica, tan bella como es, la locura de libertad que anima a Don Quijote. Él rompe todas las cadenas, y perdona hasta a los malandrines si los encuentra aherrojados. El ser más noble es el más libre y el más prendado de libertad.

Vuestro nombre es libertad, princesa Dulcinea, vos a quien los villanos ven bajo la forma de una zafia palurda, cuando no de una fámula que cuida de los cerdos y friega los platos. Mas para vuestros verdaderos amantes, aunque estéis disfrazada de maritornes, sois la más pura, la más

hermosa, la inmortal prometida del corazón noble.

El Toboso está hoy en Francia. Es el territorio entre Dunkerque y Mulhouse. Ciertamente, Don Quijote cabalga por él. «Heme aquí. Ya veis, dice, que España está con vosotros.»

IV

SANTA RISA

Soldado, héroe; lisiado en la batalla, manco; enclenque desde la juventud; a menudo enfermo; siempre en la penuria; de duro temple, sin embargo, y de fibra fuerte; muy castigado por el destino, poco socorrido; cautivo en Argel, esclavo en Túnez, la cadena al pie y la cuerda al cuello, como en los cuentos antiguos; pobre en todas partes, mal pagado, poco leído, confundido en la turba, excepto a las puertas del sepulcro; carga-

do de familia, y la familia es estúpida: Cervantes ha vivido arrastrando su fardo por un camino empinado y pedregoso, acuciado por la espada de la fortuna y el aguijón de la pena. No se queja, ni siquiera cuando monta en cólera. Tiene del mundo la misma idea que Don Quijote: sabe que es malo, perverso, violento, irrisorio, grosero, brutal, inicuo y sin piedad: y lo cree bueno, o pudiendo serlo; capaz de dulzura y de respeto; hecho para la belleza, la caridad y la justicia. Se es pesimista de hecho y optimista de intención.

Venerable confianza, sublime optimismo del gran corazón: es el triunfo de la buena voluntad. Ciertamente, la razón no entra en ello para nada. El mundo es bello y bueno: lo es, porque debe serlo. La belleza es real, si

está en mis ojos. La bondad del hombre no es una fábula, porque, bondad y belleza, el hombre tiene cura de ambas, y las crea a medida de su voluntad intrépida.

Así, la segunda parte de *Don Quijote* es más bella que la anterior. La creación ha conquistado al creador. El artista se ve obligado a amar su obra. Quizás ha comenzado por reír de ella: ahora, cree en ella. Acaricia en secreto a su héroe, después de haberle burlado.

No han discernido al santo en Don Quijote.

El héroe cómico es un prodigio de enorme santidad. A los paganos, nada les hace reír tanto como la santidad: se mofan de ella hasta reventar. La

caballería andante de Francia constituye la irrsión de todos los bellacos de Germania.

El más santo de los santos puede llamarse a sí mismo el juglar de Dios. Le toman por bufón, en tanto lleguen a tomarle por patrono. Los padres le arrojan monedas de cobre, las madres tronchos de col: los hijos, le adoran. Todos, en sentido diverso, igualmente errados. No importa, bien están así las cosas: el equilibrio se establece.

La verdadera obra de arte habla siembre del artista, y lo revela. Se hace lo que se es, simplente. La ficción es propia de los que nada son. No es la vida en la calle, las aventu-

ras grandes o pequeñas, toda la prendería del hombre, lo que cuenta, sino su fondo más puro, la verdad de la verdad, la forma eterna que viene a luz en su obra: y, al mismo tiempo, la forma en él del universo y la vida. Podría decirse, la imagen que refleja de Dios. Porque el pensamiento es un espejo. Todo artista es un espejo de Dios. Spinoza consiente en ello.

Corneille aparece como abogado en Rouen, burgués severo, grave a los cuarenta, piadoso, devoto, un tanto jesuítico; borroso, necesitado y hasta pedigüeño; vasallo de los más sumisos, y temeroso de los grandes. Y, sin embargo, este picapleitos es un dictador, un emperador de Roma, un Octavio, un Camilo, un apetito de poder desenfrenado: si pordiosea tan

mal y burdamente, es porque ha nacido para regir un imperio.

En Cervantes y Don Quijote, hay un San Martín y un San Jorge. En esto, Cervantes está muy por encima del Ariosto. Cervantes y Rabelais tienen una fuerza igual. Cervantes, más cerca del mundo cristiano; Rabelais, del mundo antiguo: Cervantes, del pasado; Rabelais, del porvenir. Me refiero sólo a las ideas. En cuanto al sentimiento, Don Quijote es de todos los tiempos, y todavía no ha acabado de hacer su conquista. Precede a los hombres y a los siglos de muy lejos. A nuestros ojos, le cuesta demasiado trabajo a España seguirle. La igualdad en la nobleza, la libertad en el buen servicio y la amistad cristiana, tal es Don Quijote. Tal es el alma de Francia: la caridad de la justicia. Tal

es este pueblo, tan hermoso viviendo y muriendo, caballero andante de toda caballería.

Cervantes, sólo de ocasión es castellano. Andaluz por su madre, su familia es originaria de Galicia. Tiene pues, también, algo de celta.

V

MÁS ALLÁ

Con frecuencia, en Cervantes, la vida va mucho más allá de la obra: signo de una inmortal excelencia.

Lo que Cervantes dice por donaire, quizás, toma muy distinto sentido; y en lugar de ser ridículo Don Quijote, es sabio, profundo y venerable.

Esta propiedad es característica de los grandes cómicos, de Rabelais, de

Molière, de Gogol y de las obras maestras rusas.

«Majadero, exclama Don Quijote, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus desgracias; sólo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, e hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga.» Él no se cree en el mundo sino para castigar la insolencia de los violentos, la crueldad del orgullo y los abusos de la fuerza.

No es rebelde a la sociedad. Esta es la que todavía no es social, ni con-

forme a caridad. El teólogo que censura a Don Quijote y le hace befa, trasciende demasiado al Santo Oficio: está hundido hasta el cogote en el cieno de 1550 y de los autos de fe; su sandez es tan infinita como el contentamiento de su tosca certidumbre. Pero Don Quijote, a despecho de Cervantes mismo, no es ni de 1550 ni de 3720: es de hoy y de ayer, de ayer y de mañana; en todo tiempo, es humano.

§

Su encantadora llaneza le ayuda siempre a vivir y pensar noblemente. La llaneza es entonces el traje interior: los mismos caballeros se quitan de vez en cuando la coraza.

Después de una querella, una vana

disputa o un pique de amor propio, Don Quijote, superior a su mismo derecho, hace las paces con quien le ofende: «De aquí en adelante, dice, ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía.» ¡Qué hermosa palabra, y cuán rica de sentido! Don Quijote quiere dar a entender el respeto que se le debe.

«Te disculpo, y tú también perdóname el enojo que te he dado; que los primeros movimientos no son en manos del hombre».

Llaneza no es familiaridad. Es una especie de sencillez amistosa de doble raíz, de indulgencia con los demás y de abandono a su humor. Se les abre crédito a causa de la perfecta lealtad: la que uno tiene, no la que ellos tienen. Sin mucha facilidad para el perdón, no hay virtud superior: *si-*

cut et nos dimittimus. Esta dulzura, en un alma fuerte, va mucho más allá de toda magnanimidad. «Mal cristiano eres, Sancho; nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho», dice Don Quijote. Se perdona cien veces, y no se olvida una. Y ocurre también que no se olvide el haber olvidado.

§

Don Quijote cierra contra todos los prejuicios, y se le da un ardite de adagios y proverbios. Es tan libre de espíritu como debe serlo siempre un verdadero noble de Occidente. Sólo el hidalgüelo se encuentra preso en la vanidad de todo aquello que le concierne personalmente; y sólo el pequeño burgués está a los pies del hidalgüelo.

Don Quijote no hace, realmente, buenas migas más que con los emperadores, los reyes desdichados que son dos veces reyes, los sacerdotes de Juan de Trebisonda y las princesas de fábula. Predilecciona, sobre todo, la nobleza soberana, los duques y pares de la Tabla Redonda. Y los santos, a sus ojos, son los pares de Carlomagno celeste. Pero, a cada instante, da a entender que la nobleza, para él, es menos una herencia que una conquista. Razonando sobre la suprema calidad de los que hacen los grandes príncipes y las grandes casas, contrariamente a los que descendiendo de ellas las deshacen, «unos fueron que ya no son, dice, y otros son que antes no fueron». Tan alto tiene puesto el corazón, que «bien podría, dice, ser yo de suerte que, después

de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el Rey mi suegro que hubiese de ser; y cuando no, la Infanta me ha de querer de manera que, a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y esposo.»

Suceda, pues, lo que suceda, y háganle lo que le hagan, Don Quijote se mantiene en su puesto: manantial inagotable de sentido cómico. El mismo héroe, si es indulgente y se doblega a las miserias de la vida, si puede pasar por encima de los ultrajes, es la comedia; y la tragedia, si resiste. Es más: resistir no basta, ni siquiera la pasión que no se teme poner en esa resistencia: es preciso además ser uno mismo, no pensando más que en

sí. Y cueste lo que cueste a los Griegos, a Dinamarca o al universo entero: Aquiles es, a ese precio, Hamlet o Polyucto. El héroe trágico es un egoísta.

Cervantes tiene todos los géneros de cómico. Cuando Sancho ventosea, «alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco», Cervantes responde a Rabelais, pero del mismo modo que a Triboulet el astrólogo de la reina: «¿Qué oigo?, dice bruscamente Don Quijote; ¿qué rumor es ese?» Hasta en este trance, digno y de trato afable. Ríe uno con él de bonísima gana: con él, y no de él. La risa dilata al hombre y lo dispersa: no lo ennoblece. La risa fresca de las muchachas, la risa dorada de los amantes, es una canción. Y la música,

si es bella, es siempre un poco triste. Don Quijote es el único héroe en quien la risa enflorece la dignidad. Y, mientras más ríe uno de él, más le respeta.

Un exquisito pudor, una exquisita modestia. Tiene el orgullo casto. Se da la sinrazón, cuando es preciso. Pero morirá, si le hacen la sinrazón de una sospecha: él no tolera injuria a sus voluntades generosas. Sabe, no lo que vale, sino lo que valen sus razones de vivir.

VI

MAQUIAVELOS A OCHAVO

Es tan puro, en suma, que no aspira al éxito. Cree en su misión, pero no en su victoria. Tan seguro como está de que es la más bella y santa del mundo, tanto pudor experimenta en prometerse el triunfo. Da licencia a Sancho para abandonarle, «que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería.» Los Maquiavelos de aldea le desprecian.

Para detestar a Don Quijote, para

herirle en el corazón, para cegarle el alma abriéndole los ojos, para curarle de su humanidad, para insultarle groseramente en este mundo y perderle en el otro, no hay más que los políticos y los teólogos.

¿Qué son por otra parte los políticos, sino doctores en la teología de los lugares bajos y de la maldad humana? Mientras menos generoso es el político, más político se cree. La dialéctica del interés se toma a sí misma por una sabiduría superior: sólo que desconoce lo que la otra no quiere cesar de conocer. Cualquier Perico de los palotes, si hace el Maquiavelo, el tirano, el infalible, se tiene por un César y se las da de Richelieu. Yo, ni siquiera me burlo de esas gentes, de tal modo las desprecio. En un mundo gobernado por el espíritu,

Bismarck estaría en el manicomio, y para decir la misa de su culto, a guisa de alba y de casulla, revestiría la camisa de fuerza. Pero, ¿dónde encerrar a esos micos que bismarquean en los periódicos? ¿Y qué sabio de buen sentido se ocupará en agenciar una máquina que les tire sin cesar de las orejas?

§

Cervantes es uno de los raros héroes que nos consuelan de la Humanidad, a medida que la crean en nosotros. Nos liberan por medio de la risa. El poeta hace entonces al mundo pensante la revelación de la más alta verdad, y, por ella, la serenidad humana participa al fin de la ironía divina. La ironía es la única forma de negación en la divinidad. A menudo,

las fuerzas que se entretienen en crear la naturaleza, y en dejarla jugar entre sus dedos, se antoja a mi tierna tristeza un dios chino: mientras más sufre la muñeca, más muecas hace; y, mientras más muecas hace, más se ríe él.

Pero la ironía divina no podría ser tan cruel. El dios es impasible, ya que no bueno. O bien, su suprema bondad se confunde con la aparente impasibilidad de la justicia; o bien, por el contrario, su serenidad perfecta parece indiferencia a los pobres efímeros.

Mientras más cerca está de los objetos, más se burla el espíritu de ellos. Pero después de haber reído de la realidad, un alma grande la eleva hasta sí. Exalta todas las locuras que le sería posible escarnecer. Les pres-

ta su propia nobleza; no se reconoce excelencia alguna sino para compartirla. Cervantes tiene toda la ironía que veda a Don Quijote, pero que el buen caballero deja a veces traslucir. Precisa que Don Quijote se mantenga firme sobre Rocinante. Su destino es ser tan noble, que ennoblece toda la especie, y tan puro, que la purifica hasta del mal regocijo, del regocijo de los tiranos. No tiene en contra suya más que a los Maquiavelos a ochavo. Sólo los políticos no pueden ser salvos: mienten siempre, y hasta por virtud; pues han hecho una virtud suprema del interés. Yo no creeré más que en el político que esté ausente de su sistema.

VII

LIBRE

No hay tan perfecta felicidad sobre la tierra, como recobrar la libertad perdida.

«Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres; cuanto más, señores guardas, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros

hombres, no yéndoles nada en ello.» He ahí el puro sentir del pueblo en Bretaña y en Rusia: lo que nadie comprende en Alemania, ni siquiera los sacerdotes del Evangelio. *In Germania sicut et in inferno nulla est redemptio.* ¿Por qué? Siempre tienen a mano un texto. El diablo es doctor; el diablo es archivero. El más pequeño diablejo para todo es canciller.

En el cautivo acaba por haber dos hombres: el criminal, a quien se castiga y condena en buen derecho, sin duda, pero en el pasado, como si no se le viese; y el hombre que se ve, el prisionero al que se hace violencia, el paciente a quien se compadece, por forzado que sea. Cervantes queda más acá de Don Quijote.

La libertad de Don Quijote no tiene límites. Sólo Rabelais y Mon-

taigne, en aquel tiempo, son tan libres como él. No digo nada de Shakespeare, el soberano: su alma es libre como el destino: confidente de toda voluntad y toda pasión. Al final, Ariel y Próspero, se despide en el éter y en la sonrisa de la pradera, rocío de la tumba.

Don Quijote tiene el furor de la libertad. La escena en que liberta a los galeotes es única en el arte, antes de Stendhal. Un soplo de ironía corre por todo el relato; y de ironía destructora, por poco que se preste uno a ella. Los galeotes se justifican de tal modo, a despecho de tremendos crímenes, que nos sentimos de su parte contra los guardas del rey. El estudiante, manchado con todos los estupros, habla de sus acciones con la simplicidad y la calma de un

héroe antiguo. Ginés de Pasamonte, el bandido, es mucho más independiente que cualquier duque alemán, reinante o no. ¿Qué bárbaro logra desembarazarse nunca de sus ataduras? La violencia y el orgullo forman parte de las espigas que encajan al hombre en las muescas del bruto.

A nuestros necios maestros en política, para quienes todo lo que no es orden a su manera es anarquía, no les costará trabajo ver en Don Quijote un rebelde. Siempre tendrán el recurso de motejarle de loco. Pero al que se burla de Don Quijote, Don Quijote lo escarnece.

Don Quijote regula su libertad por sí mismo: que es la única manera, a la vez, de tener un buen orden y ser libre. No se tolera más que una traba, y demasiado se la echa de ver en

los últimos días de su vida: es la absurda religión de la Santa Hermandad. Se reniega. Borra toda su obra. No deben leerse nunca las últimas páginas de Don Quijote: no son de él, ni de Cervantes, así lo espero, sino de su confesor que le habrá obligado, ya agonizante, a escribirlas. Pero, silencio. La hora de la muerte está llena de extraños accidentes. Hay quien ha dejado de existir, y creen que se retracta. Don Quijote no podría caer de tan alto, para ser una presa de caza entre los colmillos de un cura desalmado, un ama imbécil y una sobrina mentecata. Don Quijote no puede ser envilecido: he ahí lo que se llama mantener su alcurnia.

VIII

SANCHO PLEBE

DÍGALE lo que le diga su amo, Sancho, ante todo, le cree. Es que le quiere; libremente le ha seguido. Y le cree sin creerle; contra la razón, contra la evidencia, a expensas suyas, a pesar suyo. Don Quijote no es solamente el amor de Sancho: es su fe. «No dudo», dice en el momento en que más duda, bajo el azote del acontecimiento, bajo una granizada de golpes. Así el ideal puede ser el interés supremo.

Sancho plebe, preciso es que te vapuleen de cuando en cuando, para impedirte ir en busca de aventuras y recibir paliza tras paliza. Tú buscas los golpes, rehuyendo primero tus espaldas más que nadie; pero corres a ellos: basta que sea por el bien o por una idea noble, que apenas pareces columbrar. ¡Oh Sancho plebe, buen servidor de la Esperanza!

Rezongas, te enojas y gimes. Molido y quebrantado, no sabes dónde cobijarte para dormir. Si no tuvieras tan sólidos los miembros, y los dientes tan robustos, no te quedarían ya más que raigones en la boca, y estarías tullido y lisiado desde hace tiempo. Pero la vida está tan apegada a tus huesos como la fe a tu alma. Y tú no abandonas la trinchera, buen Sancho.

¡Continúa; adelante! Tú no quieres permanecer en la sombra, agarrado a la basquiña de tu mujer.

¿Adónde no te llevan con tu jumento gris? Un celemín le hace olvidar cien correazos. Y tú anegas en la hartura de un buen domingo cien días de ayuno y de rencor, que te hicieron enflaquecer bastante. Cuando comes y bebes a tus anchas, no hay rey que pueda equipararsete. Además, tú como el rucio tenéis la coz aparejada.

Eres fuerte, eres paciente. Eres sensato. Eres rústico como un asno del Poitou. Eres tierra y cardo, trigo candeal y vino de solera. Y no tienes menos ingenio que tu cabalgadura.

Tienes sus ojos; tan hermosos, que Juno te los envidia.

Mientras más refunfuñas, más pronto estás al servicio.

Soportas todo fardo, y llevas toda albarda. Cargas sobre tus lomos las piedras eternas, que sirven para erigir bajo el cielo Nuestra Señora de Chartres. Bendito seas.

A ti te basta con seguir al maestro de la obra, a tu loco de Don Quijote. Él es el pensamiento de la gloria que tú no te atreves a sustentar por cuenta propia. Es la santidad del honor que sirves. Y servir así, es ser lo que se sirve. No, no tienen en Berbería un Sancho, ni un Don Quijote, ni un Chartres.

No te diferencias de tu héroe más que en el humor. A veces, el pollino aventaja a Rocinante, la quimera.

Pero descansáis, con la cabeza del uno apoyada en la cruz del otro.

Don Quijote y tú, sois también Marta y María. ¿Y qué haría María sin ti, buen hombre?

La bondad del mundo está hecha de vosotros dos. El uno hace frente a la vida con un rostro tan grave y apesadumbrado, que sorprende verle reír. Y el otro llora, cuando es menester, con sus mejillas redondas que hinche una carcajada eterna. Éste, aun cabalgado, va cómodamente arrellanado; en tanto que aquél, hasta en el lecho, va a caballo.

Ambos hacéis creer en la excelencia de la vida y del hombre; aldeano el uno, el otro caballero; repleto el uno de refranes, el otro todo embal-

samado de libros y poemas; Sancho, bien a ras de la tierra; Don Quijote, cerniéndose sobre ella como el fuego alado del espíritu.

Pero gracias a ambos, el uno, que siembra el ideal, y el otro, que lo recibe en el surco, el cielo no es en vano el huésped esperado y el esposo divino de la tierra.

«¡Ruin sea, quien por ruin se tiene!» Palabra sublime, una de las más altas que se han dicho, y de las más en conformidad con mi corazón. Jamás voluntad más pura se ha pintado con rasgo más seguro. Esta es la divisa de los príncipes, y del más grande de todos, más príncipe que Montmorency, más alto que Carlomagno, que Artús y que los doce pares: es la divisa de un hombre libre.

Y Sancho plebe lanza un digno res-

ponso a la antífona: «Sea por Dios, dice; que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta.» No chancea. Reímos de la panza, pero no de la idea. Sí, esta plebe bien vale por marqueses y reyes.

IX

VISITA A DULCINEA

Nadie ha visto a Dulcinea, ni siquiera Don Quijote. Nadie sabe quién es. Mas, hablando de ella, para que la rindan homenaje, Don Quijote se maravilla y dice: «¿Es posible, en verdad, que el nombre de una tan gran princesa no haya llegado a oídos vuestros?» Ha creado su quimera; ésta le crea en cambio. Hecha de él, lo conduce adondequiera se le antoja ir; lo arrebata. Esta historia es la de un gran corazón, y también la del espíritu.

Hay un santo capítulo, en que Sancho cuenta su visita a Dulcinea (1). Mientras más abruma Sancho el ideal bajo la realidad, más lo salva Don Quijote de la vulgaridad y lo transfigura en lo que quiere que sea. Con una risa inimitable, una jocosidad digna de Molière o de Aristófanes, es aquí la confrontación del sueño y de la vida, de la creación y del objeto, tan bella, tan conmovedora como cualquiera de Shakespeare. Y Don Quijote, hombre, y tan viril, nos emociona más, y va más lejos en la melancolía de la risa, que la deliciosa hada Titania, acariciando a Bottom.

Además, para que nada falte en él, el final del capítulo encierra una almendra de ironía incomparable, con su semilla de gozosa amargura. Y si

(1) Primera parte, capítulo XXXI.

tiene tanto sabor, es porque es rica en ácido prúsico.

Cabalgando en su ensueño de Dulcinea, diosa de belleza, dama de perfección y de todo deleite, Don Quijote vuelve a tropezar con cierto arrapiezo, al que poco tiempo atrás libertara de manos de un amo verdugo. Creyó hacerle libre, pero el villano ha pagado la libertad de un instante a costa de toda suerte de males, cien veces más crueles que su esclavitud. «De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa», dice a Don Quijote, en cuanto se topa con él de nuevo. «Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me

venga de la ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.» Tal es la conclusión del siglo y del orden común. Que el ideal pase de largo. Que cuide de no echar pie a tierra, aunque sólo fuera por lástima hacia los peatones. Ni el empedrado, ni los taludes, ni el carril se curan de su visita.

Sin embargo, ¡qué gloria para el tiempo en que vivimos!, toda Francia ha montado a caballo y camina al lado de Don Quijote. Los hombres se han acomodado a la vida heroica, aun aquellos que menos pensaban en ella. El carril no es ya el lugar seguro, ni el empedrado, ni el lodo del camino. Una virtud semejante se paga con tesoros de lágrimas y sangre.

X

GUERRA

La guerra es para Cervantes lo que es para Francia. Habla para nosotros con tanta nobleza y una gracia tan alta, que se le busca en las trincheras. La obra de las armas es establecer la buena paz, únicamente. De aquí, el derecho y la santidad de las armas. La paz es el mayor de los bienes y el más legítimo. «Esta paz es el verdadero fin de la guerra.»

Y ama profundamente a los solda-

dos, que sufren tantos males, para recoger tan pocos bienes.

Detesta las guerras conducidas por la ciencia, en las que el artefacto tiene primacía sobre el hombre. No le harán admirar todas esas invenciones diabólicas, la bala y el arcabuz, por medio de los cuales un cobarde, un follón, un infame, puede quitar la vida a un desdichado caballero, sin sospecharlo siquiera.

¡Bien hayan aquellos benditos siglos que no conocieron las máquinas de fuego, la artillería ligera ni la pesada! «Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque a mí ningún peligro me pone miedo, toda-

vía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido, por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra.»

Los Bárbaros y los Turcos son los que más se sirven de máquinas. «No te fíes de ninguno: los Bárbaros son todos falaces.»

XI

BELLEZA

CERVANTES, gran artista en el estilo, no parece serlo en el resto de la vida. Se preocupa de arte menos que de acción. Artista, lo es sin embargo, y también Don Quijote, más de lo que piensa. Ambos dan a la belleza un valor infinito. A ella tienden sin cesar. De continuo está presente a sus espíritus. A menudo la invocan como razón y causa suprema. No puede ser de otro modo. La pasión de la justicia es un sentimiento exal-

tado del orden. La pasión de la belleza lo es igualmente. La razón y la sensibilidad se conciertan para buscar la armonía, y sólo en el orden la conciben. Por otra parte, hay muchos órdenes, del más seco y estricto al más generoso y rico.

El amor de lo justo es uno de los ritmos de la pasión en el artista. Aun cuando yerre respecto a los medios y al objeto, el impulso que le lleva hacia la justicia es infalible. Este ardor viene de tan lejos, que es pudoroso y amigo de esconderse.

Siempre me ha parecido que en el artista, cualquiera que sea el furor del sentido propio, el orden tiene al fin que abrirse paso, y se lo abre. Con una condición: que el artista sea capaz de producir una obra maestra. Un verdadero artista restablece

con su obra todo lo que ha destruído.

Los políticos sin justicia no tienen la buena idea del orden. Cuando quieren hacerlo, los tiranos son como esos malos arquitectos de Pascal, que fabrican ventanas simuladas y fachadas por amor de la simetría. Hay algo de tirano en todas esas gentes de partido. El orden de la vida tiene razones más profundas, más variadas y más sensibles.

§

Don Quijote tiene el culto de la belleza. Continuamente la ensalza, la canta. Toma un acento de sacerdote para nombrarla: «La belleza es todopoderosa. Ante ella, deben abrirse de par en par los castillos, hendirse las

rocas; y para hacerle acogida, no es mucho que los montes se allanen.» En buen hora.

Teniéndolo tan puro del amor, debe tener un sentido delicado de la flor y de la efímera: pues el amor es lo que quiere durar eternamente, aquello que toda la naturaleza ultraja y desespera a fuerza de atentados. Siente, pues, compasión de la belleza perecedera. No preciso otra prueba que este triste y dulce versículo: «La belleza de la mujer está sujeta a mudanza: un nada la altera, un nada la acrecienta. Las pasiones del alma la elevan o la abajan; y más de una vez la reducen a ruinas.»

Cervantes no publica *Don Quijote* hasta los sesenta años. Hasta enton-

ces, su vida de artista está frustrada. El arte es la malandanza de la acción, mientras el artista no ha realizado una obra maestra. En la obra maestra, procede como héroe, alcanza la plenitud. Por su parte, el héroe en la cima de la acción verifica el poema de su vida: la posee en calidad de gran poeta: es tal como se imagina.

Un soldado que muere heroicamente, entrega el alma con genio.

Con toda suerte de dolores, y aun a veces con una angustia intolerable, es como se forma la obra de belleza.

El culto de la belleza no es una religión tranquila.

XII

LA VENTA

PARA ser soldado hay que ser noble.

No son soldados aquellos que usan de crueldad y violencia.

No haré comentario a la farsa siniestra de la venta. Que los españoles pongan los nombres donde sea menester: tanto peor para ellos si se equivocan. Don Quijote no se equivocaría.

¡Terrible venta, lugar de todo embrollo y bellaquería! Terrible, a pe-

sar del garrote y de la manta. El *deus ex machina* acaba la tragedia en mojiganga. Pero el desenlace nada cambia: sean bodas o muerte, siempre es un lecho.

¿Qué nombre darle a esta venta? ¿Qué muestra? ¿La vida? ¿El mundo? ¿O solamente Europa? Europa es hoy el escudo de armas de la casa. El nudo del drama se halla en este honesto burdel. Pero, para el que pone atención en ello, un terrible sainete sirve de nudo a todos los dramas. Bien lo saben los dioses.

Príncipe del corazón y de la buena voluntad, Don Quijote quiere a todo trance que la venta sea castillo encantado, un palacio de amor para las más nobles damas, un templo de belleza. Sólo los héroes de todo ardimiento, los más tiernos y comedi-

dos amantes, deben encontrar albergue en él.

Los aposentos sucios y llenos de piojos; los camastros, criaderos de miseria; las cocinas, antros de basura, de aceite rancio y residuos corrompidos; los pasillos fétidos; los artesones, dormitorio de las chinches y cabildo de las ratas; los cueros de vino tinto; las velas de sebo apestosas; las mozas, más apestosas todavía; y todos los pícaros armados, familiares del hostalero: Don Quijote jura que todos son sus primos, o príncipes como él, o cegados para que no le reconozcan; todos gente de bien y de honor; todos enamorados de una vida pura y libre; todos apasionados de grandes hazañas y de bella poesía.

Y el buen Sancho, pisándole los

talones, quiere, como Don Quijote, que este mesón sea excelente y de risueña estancia, en tanto llega su ínsula No importa que sepa a qué atenerse, habiendo bebido en él un peleón más que mediocre y sido apoerreado de pies a cabeza. Cree a Don Quijote y lo ve con los ojos de éste.

Don Quijote, sin embargo, no puede evitar que la venta, entrada la noche, se llene de bandidos y facinerosos, patanes, doctores, arrieros y moralistas. Es la casa de Tócame Roque. Un espantoso barullo, un huracán de injurias y de golpes se desencadena en ella. Los demonios chocarreros dirigen la bacanal: una tempestad de sevicias y fechorías, un terremoto, un finibusterre. Los necios abundan en la posada, y gritan al unísono de los

violentos. Los hidalgüelos pretenden imponer la ley, espada en mano, cabezas de hierro, cabezas de madera. Y la chusma es numerosa. El taimado mesonero alberga lo mismo a los cacos que a los cuadrilleros. ¡Es tan pacífico! El Señor Puño es el rey de la siniestra hostería. Invisible y presente en todas partes, es el hospedero mismo: reina desde la bodega al granero y hace girar la veleta; guía la danza, esperando vaciar todos los bolsillos en lo más empeñado de la refriega; y todos los transeuntes le son cómplices.

El pobre Don Quijote se ofrece a hacer la guardia del castillo contra los malhechores. No sueña más que en cortes de amor, asambleas galantes, nobles divisas de caballeros. Sabe que el ataque tendrá lugar aquella

noche: el gigante Teutobochus, el viejo nigromante José La Horca, Mustafá el Turco del labio colgante, y Nariz Roja el Felón, el truhán búlgaro, arden en deseos de saquear la casa; odian los tesoros de belleza que defiende Don Quijote; envidian furiosamente las obras de la caballería andante, y desprecian al caballero. La codicia del botín les roe las entrañas; y tienen a Dios de su parte, al Señor Puño.

Batalla. Caen sobre Don Quijote. ¡Cómo lo vapulean! ¡Cómo se dedican todos a apuñear al noble hombre sin coraza! Hasta tiene atadas las manos, habiendo hecho un voto al amor y a la piedad del sacrificio. ¡Cómo abusan de su candor y de su condescendencia! ¡Qué cebo, para los avaros y los malvados, la bondad gene-

rosa! Hasta aquella moza que se entretiene en rasparle la mano, que él le ha entregado en gaje de fidelidad y ternura. ¡Bien, adelante, malandrines! ¡Duro con él! Aporreadle, matadle, si podéis. Haced venir vuestra artillería y vuestros venenos, vuestros sabios y vuestros sacerdotes. La hora está bien escogida y la comarca desierta.

Pero nada desarzona al héroe de corazón animoso. *Nada le sorprende siquiera.* Toda fealdad, toda villanía, toda derrota, aun la peor, aun la muerte misma, no son para él más que apariencias, jugarretas de encantadores, malas hechicerías, rabias perversas, furores de un enemigo desleal. El buen genio, que siempre queda vencedor, deshará lo que los malos genios osan hacer. El más cruel

desastre no pasa de ser un revés, una demora que soporta la bravura, y que repara. El mismo dolor, después de todo, no es más que una prueba, y preciso es padecerla para merecer triunfar más tarde.

«¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legión de demonios debe de habitar en él?»

¡Ah, hermoso castillo, no en el aire, sino en Francia esta vez! Noble mansión, estancia de la vida, acosada por los gigantes bárbaros, y que sólo una inundación de sangre puede salvar de la toma y el saqueo. Hermoso castillo, entre los tres mares, las montañas y el río de nuestra pena, ya acabaremos por purgarlo de bandididos y de arqueros, de arrieros y de la Santa Hermandad; pero, ante

todo, gracias al cielo, del huésped impudente.

¿Quién, pues, es Don Quijote en la venta de Europa? A los españoles toca pensar un poco en ello, y responder.

XIII

ESTILO

El español de Cervantes es la más bella lengua de España: tal es, al menos, la opinión de todos los españoles. Yo, que no conozco bastante el idioma, no me atrevo a decidir; pero, por todo lo que me dicen, me formo una idea superior de ella. De todos modos, quiero juzgar de este estilo por lo poco que sé, y todo lo que adivino. Hablando un día con alguien que me leía el *Don Quijote,* y acababa de traducirme al pie de la letra los

capítulos de Dulcinea, admiraba yo el nervio de este lenguaje, su grandiosidad sonora, la sutileza viva y el vigor de las cadencias; escuchaba este tono tan atrevido, tan variado, siempre noble; y, en todo instante, el acento mismo del espíritu. Se me ocurrió decir que, entre otras virtudes, el estilo de Cervantes tiene una fuerza cómica incomparable.

No es solamente la fuerza de Molière, que proviene siempre de la acción y es la expresión de los caracteres: de tal suerte, que lo cómico está en el gesto del personaje, procediendo del coloquio y multiplicándose por la réplica. La virtud cómica de Cervantes es la de Rabelais y la de Flaubert: más del estilo que del idioma, y más aún del idioma que del pensamiento. Las palabras en Rabe-

lais, la ordenación de ellas en Flaubert, son más grotescas que lo que expresan. Cervantes tiene el doble don.

Sin hablar de la ironía ni de la sátira, de los sentimientos humanos y de las ideas puestas en ridículo, existe un sentido cómico de la palabra: proviene del simple contacto de los vocablos, de sus relaciones, sucesión y figura; de las caras que ponen; de los visajes y morisquetas que se hacen; de su persona, en fin, y de su vida común.

Este cómico verbal es el torrente jocoso en que Rabelais se sumerge y nos arrastra. Es también el manantial, entre las cuatro paredes de una prisión sin salida, de la risa siniestra que se oye caer como lluvia de arena en *Bouvard y Pécuchet*. Un espíritu, que

medite sobre las obras como sobre paisajes, comparará, a pesar suyo, el sentido cómico de Flaubert al de Don Quijote. Y de éste a Gogol y los ilustres bufones rusos, no hay más que un paso.

§

La afinidad de rusos y españoles, es una de las más singulares entre las coincidencias humanas. Los españoles y los rusos son entre sí como los árabes y los persas. Y no faltará algún crítico que pretenda hacerme decir que el español es un ruso, para burlarse de una opinión tan ridícula. ¿Me la presta? Yo se la devuelvo: ría de ella cuanto le venga en gana: suya es.

Difiriendo en tantos puntos, es curioso que estos dos pueblos tengan

un aire semejante y virtudes comunes. En toda comparación, y la más justa es a veces la menos directa o la que viene de más lejos, no se atiende más que a las analogías, descuidando el resto. Jamás se compararía, si fuese precisa una exacta similitud; que, por otra parte, siempre sería insípida y sin interés, no revelando misterio alguno ni descubriendo nada.

En España y en Rusia, las cantidades son iguales a veces; pero no son de la misma especie. Los jueces toscos no ven las cifras; atiénense sólo a los signos exteriores, y se asombran.

El honor de Dios es para los españoles lo que la caridad para los rusos. Se encuentran en la locura de la cruz. Los cínicos en España se jactan de carecer de caridad, y de honor en Rusia. En los españoles, la fe es más

formal; y más interior en los rusos. En España, es acción y hasta política; en Rusia, sentimiento y retraimiento del mundo. Por otra parte, ocurre a veces que la tiranía de la cruz tiene los mismos efectos en ambos países.

Tienen de común el trazo directo, una visión ardiente de la realidad, una especie de verdad casi ultrajante. La delicadeza del sentimiento la corrige en Rusia, y en España, la elegancia del espíritu, y la altivez de las costumbres.

La poesía, el drama y la novela de España nos transportan a un mundo que no se parece a ningún otro: es la luna, China, con una roja brusquedad, enemiga de toda lentitud. La lógica de estas pasiones nos parece extraña: la razón es latina; pero la

manera de sentir tiene resortes desconocidos al Occidente; y, a veces, sus ideas no se asocian al modo de las nuestras: tienen arranques imprevistos y apaciguamientos que sólo a ellos pertenecen.

A pesar de tantas contrariedades que saltan a los ojos, no veo nada que pueda emparejarse a los entremeses españoles, a los chuscos y graciosos de España, como no sean los maravillosos bufones, los inocentes y los proscritos del arte ruso. Sólo Gogol, Stchedrine y Dostoievski podrán reproducirnos los originales de Rojas, Quevedo, Cervantes, y tantos otros. Es lógico, pero no por eso menos admirable, que Francia, habiendo influído tanto en el espíritu de ambas, sea el vínculo moral entre España y Rusia.

§

En vísperas de morir, entre las dos partes del *Don Quijote,* publicó Cervantes una colección de novelas cortas. Hay una, *El Celoso Extremeño,* en que me parece hallar un milagro de estilo. Diríase una crónica italiana, cuyo cronista fuera un gran artista. No conozco elogio más vivo.

La frase es en ella de una fuerza soberana: tiene la soltura y la nobleza de un príncipe, siempre en su casa, el primero en todas partes, hasta cuando dobla la rodilla. Tal es el ascendiente del estilo, que el tono general, el orden y selección de las palabras, el ritmo del período dan del drama una sensación mucho más ardiente, más cruel y más completa que el relato. Cervantes siente escrú-

pulos. Se ha puesto ciertas trabas, tolera que se las pongan. No dice todo lo que podría decir. Un anciano que muere de amor y de pena, a causa de la traición de su mujer moza, este drama atroz de los celos, es revelado por la belleza del estilo como las visiones del músico por la sinfonía: los hechos no son más que un tema para la imaginación. Es la pincelada de Velázquez, ancha, infalible; los más raros valores; un don tal de la luz que los detalles más crudos tienen el acorde de una exquisita armonía. No es posible tener gusto más depurado ni fuerte.

Y nada en este estilo que sea trivial un momento. Todas las palabras son de estirpe, como se dice de los grandes señores. El porte y los modales denotan el lugar más alto. Es-

tas frases tienen una libertad suprema, un vuelo que nada entorpece, que nada cansa. En un águila alemana, hay siempre un alcaraván de burgués, con su lastre de panza y de pequeño tonel. El dardo más humilde, hasta el más burdo, en Cervantes, es rápido como la flecha: alado de talones, y aun de nalgas. Una pulgarada bastará, no para convertir al palurdo en una bestia, sino para purgarlo de su bestialidad. La crueldad les es mil veces más natural que la pesadez y la necedad. Serán perversos, cínicos, tigres, todo menos obtusos.

XIV

CON PASCAL

El modo de comprender el amor y la amistad, es la mitad del hombre. Y, en la mayoría, mucho más; pues el amor es su manera de querer, de vencer, de servir el instinto y de sustentarlo; la amistad, su hábito del sentimiento y, a veces, su digestión.

Don Quijote no tiene amigo: es demasiado digno de tenerlo, y no es fácil encontrarle uno que sea su igual, que no sea un triste Acates, un enojo-

so seide. Además, el amor mismo es para Don Quijote una amistad perfecta, apasionada y, sin embargo, ideal. ¿Qué falta le hace un amigo, a él que ni siquiera precisa de una querida para ser el modelo de los amantes? Si Don Quijote tuviese un amigo de su linaje, el verdadero par del alma, la figura homóloga y semejante, el complemento de un hombre y su contrario, Don Quijote no podría ya, lanza en ristre, arremeter contra los molinos de viento. Se vería impedido de ir en busca de aventuras. El amigo del generoso caballero no podría ser más que Sócrates a caballo, Minerva misma disfrazada de Mentor; o bien, simplemente, el otro Miguel, Montaigne. Realmente, si Montaigne diese la réplica a Don Quijote, con Sancho por coro, un libro semejante

podría reemplazar todos los demás.

En un mundo opuesto, en el fondo de una celda, lejos de la acción, Pascal hace pensar en este libro. La *Apología* es una terrible aventura. Acomete a los molinos de viento de la objeción, sin prever las alas contra las que va a estrellarse, ni la armazón sin lienzos que atraviesa: mañana, estará revestida, y de un tejido más duro que el hierro. Está seguro de vencer y está ya vencido.

§

Pascal coloca la ciencia por debajo de él, resueltamente.

Pero ella es quien le ata y lo retiene. Lo sabe y no lo dice.

Él no duda. Está devorado por la

inquietud. ¿La duda de Pascal? Pobre idea de Pascal.

Su mal es no alcanzar la santidad. Él no desea apasionadamente, no ama, no venera más que la santidad. La santidad es la pasión de este gran apasionado. Doquiera le haya hecho nacer el destino, Pascal ha nacido para ser príncipe. En la fe, el santo es el príncipe de la sangre.

A causa de su genio y de un temible orgullo, no puede ahogar su espíritu. La necesidad de saber vence, en Pascal, la necesidad del sacrificio. Y el conocimiento perfecto, sólo se alcanza con la inmolación. ¡Qué duro es inmolarse, sin llegar a ser santo! Todo se puede abdicar más fácilmente que la fuerza del espíritu. La voluntad no basta para ello: el pensamiento queda incólume: lo que

mensura su fuerza, mensura su libertad. Por más que haga uno por estupidizarse, no por ello se es más estúpido.

Todo sería más fácil, si la tierra no girase. Pero la tierra gira, y el papa y Josué con ella.

¿Qué hombre es ese Descartes? Este Fray Pensamiento se acomoda demasiado bien a sus matemáticas.

Si él tiene necesidad de Dios, su mundo no. Pascal se irrita de todas las molestias que le procura Descartes, sin experimentarlas él. Para Pascal, acaso Descartes no es sincero.

Si Pascal odia la ciencia, no es porque dude, sino porque le detiene. La ciencia es la enemiga de Pascal: le impide ser santo.

La certidumbre pertenece al corazón, lo temo. A falta de espíritu, es

cuando se tiene certeza de espíritu.

Montaigne, jamás seguro si no examina, lo es muy sensatamente en conducta. Y Pascal no tiene certeza alguna, excepto la del corazón. Montaigne es mucho más estoico, y Pascal más nihilista de lo que se cree.

Al lado de ambos, Bossuet, siempre seguro, siempre fijo, sabe, demuestra, concluye y no piensa. Como Cicerón, aparenta pensar: acepta todos los pensamientos que el orden autoriza, y se emplea magníficamente en imponerlos. Bossuet es el más romano de los franceses; Pascal, el menos. Esto se advierte sobre todo en las *Provinciales:* la moral es la razón del temperamento. Se está por o contra los jesuítas en virtud del humor y de la sangre. La batalla de los dogmas, pronto cesaría sin los

teólogos. En Port-Royal, lejos de creer fueran heréticos, negaban las proposiciones que les condenaban por herejía: pero negaban animados por un espíritu no romano. Pascal es un bretón de tierra firme.

XV

LA COARTADA DE PSIQUIS

A los cincuenta cumplidos, un hombre demasiado lleno de amor no está ya agenciado para la vida amorosa. ¿Y Don Quijote, no tiene siempre cincuenta años? Ni viejo ni joven, está plantado en la edad del poeta consagrado exclusivamente a su obra. Con mucha discreción, no ha querido Cervantes que hubiese mujer ni hijo en la casa. Hubiera tenido que volverlo tirano, para hacer de él un héroe o un santo. La familia

basta para ejercer la santidad. Don Quijote y Sancho, sus mujeres, el ama arisca y la sobrina imbécil, la familia, en suma, es la materia que abandonan los dos héroes: la materia se queda en casa, y ellos se van en busca de aventuras. Sancho está casado: al lado de su mujer, es espíritu puro.

Venus, ¿está demasiado lejos o es demasiado fácil para Don Quijote? Lo que él adora es más bien el amor que una mujer. Necesita esforzarse un tanto para hacer el enamorado. «Quiero, Sancho, que me veas en cueros y hacer una o dos docenas de locuras.» Idea realmente admirable: se pone a hacer locuras, como dice, en honor a su dama. Desnudo, en pañales, da dos zapatetas en el aire y dos tumbas, la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por

no verlas otra vez, vuelve Sancho la rienda a Rocinante.

El dulce Caballero sigue haciendo toda suerte de disparates. Camina cabeza abajo; exhibe al sol una desnudez capaz de hacer reír a las urracas; expone su carne secreta a las mordeduras del cierzo. ¡Oh el más loco, el más verdadero de todos los amantes!

§

La misma Maritornes no repugna a Don Quijote de Dulcinea, cuando hace veces de ella, por afición a aquel demonio de arriero.

Porque quiere lo sea, Maritornes es Dulcinea; él está seguro de ello, le atribuye el nombre y la forma. La reconoce. ¿Acaso hay lugar en el alma de Don Quijote para Maritor-

nes? ¿Dónde encontrar la amante de tan perfecto enamorado sino en la cita de Psiquis?

«La hizo sentar sobre la cama; tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que él había leído en sus li-

bros; y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban; las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó a decir: ¡Oh fermosa y alta señora!...»

¡Oh príncipe de los poetas, o, más bien, príncipe de los idealistas! El más verdadero de los amantes, el más digno de amar; aquel que jamás toma ni posee, sin nada ya que desear; a quien nada puede defraudar, a quien nada puede convencer; y que, por completo entregado a su sueño, no necesita mujer real.

«Yo imagino que todo lo que digo

es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas.»

La fatalidad del ideal es perfecta en Don Quijote. Lo que debe ser tiene toda potestad sobre lo que es. Este derecho sublime no es en modo alguno sobre los tiempos futuros, sino sobre la esencia. El deber es el porvenir realizado.

La justicia absoluta y el bien no son una promesa, sino una conquista. Son la realidad perdurable, y no el ensueño.

Todas las miserias y villanías, que son los acontecimientos reales para la muchedumbre de los hombres, no

son para Don Quijote más que delirio y enfermedad. A veces, Don Quijote piensa como Sócrates, un Sócrates cristiano. Para Sócrates, basta con que los hombres piensen bien. Basta que quieran bien, para Don Quijote.

Éste transforma el mundo a medida que lo contempla. Lo rehace, al poner mano en él, mientras camina.

¿Dirán que sueña esa verdad que persigue? Pero ¿qué es la verdad, para la conciencia, sino lo que sueña de mejor y más bello? La conciencia está en proporción del corazón. Pascal descubrió esta ley del conocimiento, tan natural a los poetas.

§

Amor, en suma, es la fuente de toda invención como de todo sacri-

ficio. Toda virtud viene de ese amor que eleva el alma, la sustenta y la depura. Amor semejante, no reclama nada, y lo da todo. Bondad de hombre, fuerza del corazón, grandeza de alma y de valor, todo el reino de la belleza moral descansa en un pensamiento de amor. Y que esto sea un concepto que el espíritu se forma de sí mismo, un juego divino de la imaginación, Don Quijote no lo declara por completo, pero lo da a entender. Si tuviese que confesarlo, ornaría su vida con este prestigio a manera de aderezo supremo, sin quedar confuso lo más mínimo. Lo presiento en cierta perfección de su cortesía y buen talante: nada le hace menos mella que su propio infortunio: diríase que se separa de sus caídas: ni encima, ni debajo; parece ajeno a ellas. Tiene,

a veces, una misteriosa sonrisa, que quizás oculta un mundo. ¿Quién puede saber si Don Quijote es víctima de la ilusión, o si quiere serlo? Esta manera de ver las cosas es tan bella, que Cervantes deja atrás en este punto a todos los hombres de su siglo, incluso a Montaigne. Reina solo en ese paraíso de Psiquis, donde Dante vivió tanto: solo con Shakespeare, príncipe de los hombres.

Qui donc est plus noble ou plus pur que Don
[Quichotte?
Aux dunes de la vie et de l'instinct brutal
Bon chevalier, mon fier chardon de l'idéal,
Tu fleuris et, ma foi, s'y pique qui s'y frotte.

Pèlerin de la glorie et justicier du mal,
Tu venges la faiblesse, et c'est là ta marotte;
Tu veux mettre le ciel sur cette terre sotte;
Tu sers le droit contre la force et l'animal.

Ta rosse vaut Pégase; et rêvant Dulcineé,
Tu fais le jeu divin de toute destinée,
Plus juste que la vie et vainqueur à Lépante.

Ton rire est du froment: fécond comme Cérès
Tu mûris sur la cime et tu bénis la pente,
Homère de l'honneur, o soldat Cervantès.

«¿Quién acaso más noble ni puro que Don Quijote? En medio de las dunas de la vida y el instinto brutal, buen hidalgo, mi altivo cardo del ideal, tú floreces y, a fe mía, que se pincha todo aquel que te provoca.

Peregrino de la gloria y justiciero del mal, vengas a los débiles, esa es tu manía; quieres traer el cielo a esta tierra estúpida; sirves al derecho contra la fuerza y el animal.

Tu rocín equivale a Pegaso; y soñando en Dulcinea, haces el juego divino de todo destino humano, más justo que la vida y vencedor en Lepanto.

Tu risa es trigo puro: fecundo como Ceres, maduras en la cima y bendices la ladera, Homero del honor, ¡oh soldado Cervantes!»

ÍNDICE

BIBLIOTECA DE AUTORES EXTRANJEROS

DIRIGIDA POR RICARDO BAEZA

MINERVA

S. A. E.

Traducciones encomendadas a personas competentes, precedidas de un estudio sobre el autor y la obra y de una nota bibliográfica. Aparecerán con breves intervalos, en tomos en octavo, encuadernados en tela.

La biblioteca ha sido dividida en cinco secciones: I. *Novela;* II. *Poesía* y *Drama;* III. *Ideología* (Filosofía, Crítica, Ensayos); IV. *Varia;* V. *Obras completas.*

I. *Novela.*

MADAME DE LAFAYETTE: *La Princesa de Cléveris.*
DIDEROT: *El Sobrino de Rameau.*
ABATE PRÉVOST: *Manon Lescaut.*
VOLTAIRE: *Cándido o el Optimismo.*
LACLOS: *Las amistades peligrosas.* 2 vol.
B. DE SAINT-PIERRE: *Pablo y Virginia.*
DE SENANCOUR: *Obermann.* 2 vol.
CHATEAUBRIAND: *René.—Atala.—El Último Abencerraje.*
B. CONSTANT: *Adolfo.*

STENDHAL: *La Abadesa de Castro.*
— *El Rojo y el Negro.* 2 vol.
— *La Cartuja de Parma.* 2 vol.
SAINTE-BEUVE: *Voluptuosidad.* 2 vol.
ALFRED DE VIGNY: *Servidumbre y grandeza militares.*
— *Dafne.*
BALZAC: *La prima Bette.*
E. FROMENTIN: *Dominique.*
G. FLAUBERT: *Madame Bovary.* 2 vol.
— *La Educación Sentimental.* 2 vol.
— *Tres Cuentos.*
— *Las Tentaciones de San Antonio.*
— *Bouvard y Pecuchet.*
REMY DE GOURMONT: *El Fantasma,* seguido de otras prosas y versos.
MARCEL SCHWOB: *Vidas imaginarias.*
— *La Lámpara de Psiquis.*
LÉON BLOY: *La Mujer pobre.*
G. RODENBACH: *Brujas la Muerta.*
— *Museo de Beguinas.*
FRANCIS JAMMES: *La Novela de Liebre,* seguida de otras prosas.
CHARLES-LOUIS PHILIPPE: *Bubu de Montparnasse.*
BECKFORD: *Historia del califa Vathek.*
G. D'ANNUNZIO: *Acaso sí, acaso no.* 2 vol.
STERNE: *Vida y opiniones de Tristram Sthandy.* 2 vol.

G. Meredith: *El Egoísta.* 2 vol.
Th. Hardy: *Judas el Obscuro.* 2 vol.
Walter Pater: *Retratos imaginarios.*
— *Mario el Epicúreo.* 2 vol.

II. *Poesía* y *Drama.*

Aloysius Bertrand: *Gaspar de la Noche.*
Ch. Baudelaire: *Pequeños poemas en prosa.*
Paul Claudel: *Cabeza de Oro*, tragedia en tres jornadas, seguida de algunos poemas.
G. D'Annunzio: *Teatro. I.* (Sueño de una mañana de primavera.—Sueño de un atardecer de Otoño. — La Ciudad Muerta.)
— *Teatro. II.* (La Gioconda.—La Gloria.)
— *La Hija de Iorio*, tragedia en tres actos.
— *El Hierro*, drama en tres actos.
— *Laudes del Cielo, del Mar, de la Tierra y de los Héroes. I. Laus Vitae.*
Eugenio de Castro: *Belkiss, Reina de Saba, de Axum* y *del Hymiar.*
Byron: *Manfredo*, poema dramático.
Percy B. Shelley: *Prometeo libertado*, poema drámatico.
— *Epipsiquidion*, seguido de otros poemas líricos.

J. Keats: *Endimión*, seguido de otros poemas líricos.
Robert Browning: *Paracelso*, poema dramático.
— *Pippa pasa.*
Dante-Gabriel Rosseti: *Poemas y baladas.*
A. Swinburne: *Poemas y baladas.*
— *Atalanta en Calydon*, tragedia.
Edgar A. Poe: *Poemas.*
Walt Whitman: *Poemas escogidos.*
F. Hebbel: *Teatro.* (Judith.—María Magdalena.)

III. *Ideología.*

J. J. Rousseau: *Confesiones.* 2 vol.
Ch. Baudelaire: *Curiosidades estéticas.*
E. Fromentin: *Los Maestros de Antaño.*
F. Amiel: *Diario íntimo* (selección.)
D. Halévy: *Vida de F. Nietzsche.* 2 vol.
André Gide: *Pretextos.*
André Suarès: *Don Quijote en Francia.*
Léon Bloy: *El Alma de Napoleón.*
Walter Pater: *El Renacimiento.*
— *Apreciaciones.*
— *Platón* y *Platonismo.*
— *Estudios griegos.*
F. Hebbel: *Diario.*
F. Nietzsche: *Así hablaba Zaratustra.*

IV. *Varia.*

STENDHAL: *Paseos por Roma.* 2 vol.
G. FLAUBERT: *Correspondencia,* (selección.) 2 vol.
LÉON BLOY: *El Mendigo ingrato.* (Diario de un escritor pobre.)
CH.-L. PHILIPPE: *La Madre y el hijo.*
ANDRÉ SUARÈS: *Viaje del Condottiero. I. Hacia Venecia.*
G. D'ANNUNZIO: *Alegoría del Otoño,* seguida de otros discursos y oraciones.

V. *Obras completas.*

I. *Obras completas de Feodor Dostoievski:* I. *Los Hermanos Karamazov.* 2 vol. II. *El Idiota.* 2 vol.—III. *Los Poseídos.* 2 vol.—IV. *Crimen* y *Castigo.* 2 vol.—V. *Un Adolescente.* 2 vol.—VI. *Humillados* y *ofendidos.* 2 vol.—VII. *Recuerdos de la Casa de los Muertos.*—VIII. *El Espíritu subterráneo.*—IX. *El Eterno Marido.*—X. *Las Pobres gentes.*—XI. *Stepantchikovo.*—XII. *El Sueño del Tío.*—XIII. *El Jugador.—Las Noches blancas.*—XIV. *El Sosia.*—XV. *Netochka.*—XVI. *Cuentos* y *novelas cortas.*—XVII. *El Diario de un escritor.* 2 vol.—XVIII. *Correspondencia.*

2 vol.—XIX. *Viaje al Extranjero*, e Índice cronológico.

II. *Obras completas de Oscar Wilde*, traducidas, anotadas y comentadas, por Ricardo Baeza, en 10 volúmenes.

I. *El Príncipe Feliz* y *otros cuentos.—La Casa de las Granadas.*

II. *El Retrato de Dorian Gray.*

III. *Intenciones.*

IV. *Cartas desde la prisión.—De Profundis. Balada de la cárcel de Reading.—Dos cartas a los periódicos sobre la vida penitenciaria.*

V. *El Crimen de Lord Arturo Savile.—El Fantasma de Canterville.—Un modelo millonario.—La Esfinge sin secreto.—El Retrato del señor W. H.*

VI. *Teatro. I. La Duquesa de Padua.—Salomé.—Una tragedia florentina.—La Santa Cortesana.*

VII. *Teatro. II. El Abanico de Lady Windermere.—Una mujer sin importancia.*

VIII. *Teatro. III. Un Marido ideal.—La Importancia de ser formal.*

IX. *El Alma del hombre bajo el Socialismo. Frases y filosofías para el uso de los jóvenes.—Poemas en prosa.—La Esfinge, y otros poemas.*

X. *Conferencias* y *artículos escogidos.*

Publicado:

ANDRÉ SUARÈS: *Don Quijote en Francia.* Traducción y palabras preliminares de Ricardo Baeza.

En prensa:

OSCAR WILDE: *Obras completas. I. El Príncipe feliz* y *otros cuentos,* seguidos de *La Casa de las Granadas.*—Traducción y prólogo de R. Baeza.

F. DOSTOIEVSKI: *Obras completas. I. Los Hermanos Karamazov.* 2 vol.—Traducción y prólogo de R. Baeza.

LACLOS: *Las Amistades peligrosas.* 2 vol.—Traducción y prólogo de R. Baeza.

DE SENANCOUR: *Obermann.* 2 vol.—Traducción y prólogo de R. Baeza.

F. JAMMES: *La Novela de Liebre,* seguida de otras prosas.—Traducción y prólogo de R. Baeza.

G. FLAUBERT: *Las Tentaciones de San Antonio,* seguidas de fragmentos de la primera y segunda versión y de un léxico.—Traducida, prologada y anotada por R. Baeza.

GABRIEL D'ANNUNZIO: *Teatro. I. Sueño de una mañana de primavera,* poema

trágico.—*Sueño de un atardecer de otoño,* poema trágico.—*La Ciudad Muerta*, tragedia en cinco actos.—Traducción y prólogo de R. Baeza.

GABRIEL D'ANNUNZIO: *La Hija de Iorio*, tragedia pastoral en tres actos, traducida y precedida de un ensayo sobre el teatro d'annunziano, por R. Baeza, y seguida de un apéndice.

— *Alegoría del otoño*, *seguida de otros discursos* y *oraciones*.—Traducción y palabras preliminares de R. Baeza.

DANIEL HALÉVY: *Vida de Federico Nietzsche.* Traducción y notas de R. Baeza. Prólogo de Eugenio D'Ors.

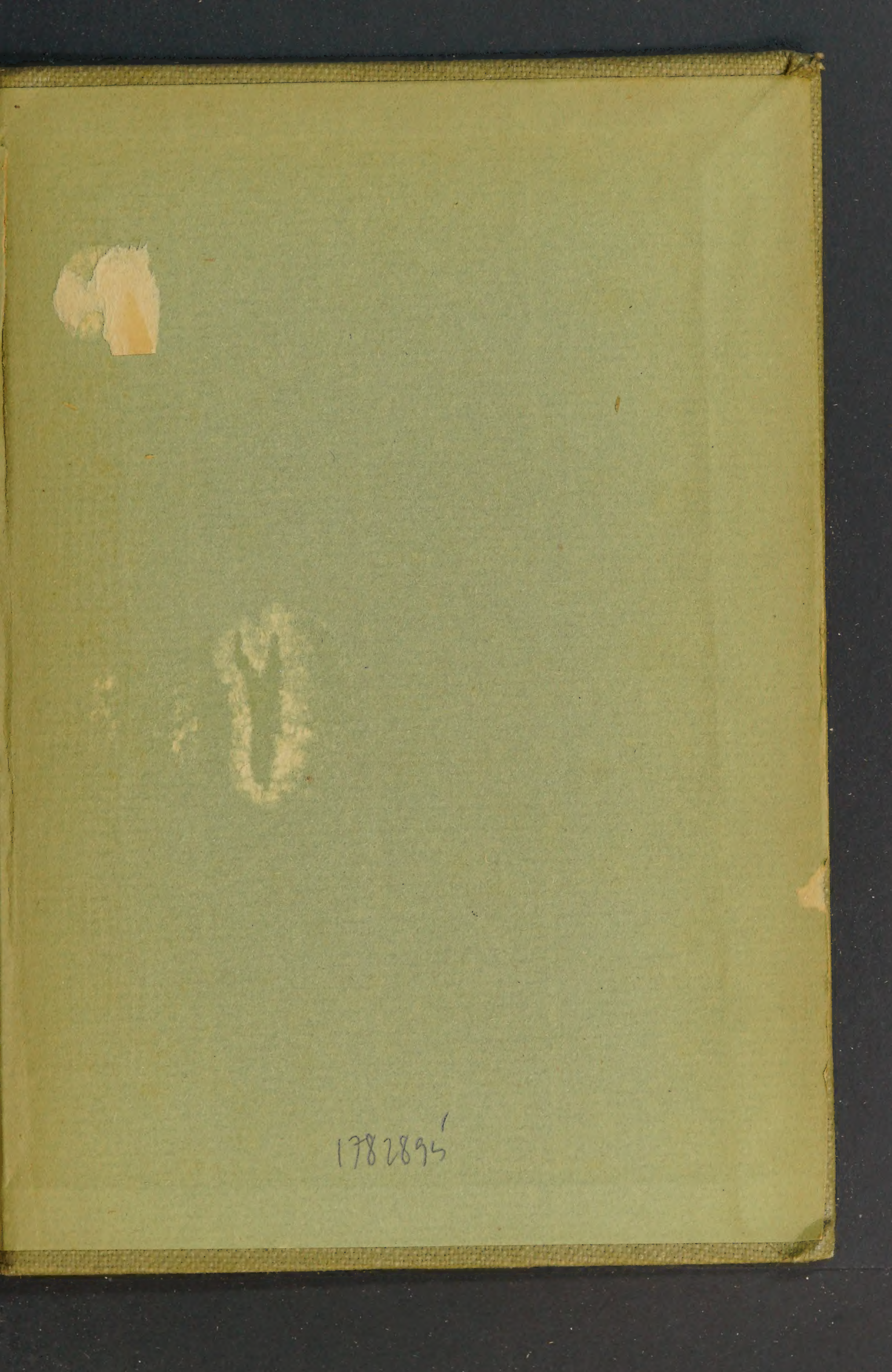
F. NIETZSCHE: *Así hablaba Zaratustra*.—Traducción y prólogo de Eugenio D'Ors. Notas de R. Baeza.

ANDRÉ SUARÈS: *Viaje del Condottiero. I. Hacia Venecia.*—Traducción y prólogo de R. Baeza.

ROBERT BROWNING: *Pippa pasa,* poema dramático. Traducción y prólogo de Enrique Díez-Canedo.

ESTE LIBRO
ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN
MADRID
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
CALLE DEL CARDENAL CISNEROS, 10
EL DÍA 1.° DE OCTUBRE
DE MCMXVI

PRECIO: 3,50 PESETAS


1782895

